

June 2001

Número 15: Pentecostés - 3º Domingo después de Pentecostés

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>



Part of the [Christianity Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

(2001) "Número 15: Pentecostés - 3º Domingo después de Pentecostés," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2001 : No. 15 , Article 1.
Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2001/iss15/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in Estudios Exégeticos Homiléticos by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact akeck001@luthersem.edu.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 15 – ISEDET

03.06.2001 – Pentecostés – Néstor Míguez

Hechos 2:1-21; Salmo 104:24-35; Romanos 8:14-17; **Juan 20:19-23**

Introducción

Los textos de este domingo apuntan al hecho de Pentecostés. Nos hablan de la presencia del Espíritu Santo como aquel que nos sostiene, guía e impulsa al testimonio de la fe. El hecho histórico de Pentecostés y su significación para la tarea misionera cristiana es un hito destacado para la vida de la Iglesia. Pero como vemos por los diversos textos, hay muchas formas de experimentar esta fuerza que nos viene de Dios. Cada uno de nosotros puede experimentar el Pentecostés que Dios quiera darnos, de distintas maneras. Haremos un estudio más cuidadoso del texto de Juan 20:19-23, y en el comentario señalaremos esta pluralidad de experiencias del Espíritu.

Análisis

Los discípulos están encerrados, con las puertas atrancadas. El miedo los aísla. No pueden entrar las autoridades judías, cuya represalia temían, pero ellos tampoco pueden salir. El temor predomina sobre la esperanza –es el gran enemigo del amor (1 Jn 4:18). Venciendo esa traba que el temor de los discípulos había puesto, se hace presente Jesús, cumpliendo su promesa (Jn 14:19; 16:22). Más allá de las especulaciones sobre la naturaleza corpórea del Resucitado, esta presencia nos muestra como Jesús rompe las barreras impuestas por el temor para hacer realidad en medio de los suyos la certeza de su victoria sobre la muerte y el cumplimiento de la Promesa.

Jesús anuncia una vez más su paz. Era el saludo judío habitual, pero en sus labios adquiere una nueva significación (14:27; 17:33). La paz aparece como una certeza que permite sobrellevar la adversidad sin perder la confianza en la presencia continua del Señor que vence al mundo. Por eso es una paz que el mundo no puede dar (Las tropas romanas eran la “garantía” de la *Pax Augusta*). Como Jesús ya sabía acerca del miedo de sus discípulos (6:19-20), les dio pruebas de su presencia: las heridas que lo identifican como el crucificado. Es la continuidad de un ministerio que subsiste tras la muerte. No es un “alma en tránsito”. Es el mismo Jesús del ministerio terreno, con sus llagas, el que ahora se muestra resucitado. Son las mismas manos que lavaron sus pies tres días antes las que ahora los discípulos contemplan heridas. Esas heridas son el “ayudante” de Jesús para transmitir la seguridad de su presencia. Jesús derrota el miedo mostrando el triunfo de su amor (15:12-14) y de su paz (16:33).

El segundo saludo de Jesús (20:21-23) introduce tres temas: el envío, el poder del Espíritu y el perdón de los pecados. Los tres concretan en los discípulos las promesas de Jesús. En primer lugar, él había recibido de Dios una misión que ahora ellos deberán hacer propia (15:16; 17:18). La noticia y presencia del Resucitado modifica el lugar de la comunidad. Él ahora estará presente *en* ellos (14:23; 17:21) para que cumplan con su misión. Por el envío, la comunidad de fe pasa a

ser Jesús mismo en el mundo (1 Jn 4:17). Si las heridas eran la marca de identidad del crucificado, la misión será ahora la marca de identidad de los y las discípulos/as de Jesús.

Pero para cumplir esta misión es necesaria una “capacidad”, que Jesús ahora les confiere: El Espíritu Santo. el Pentecostés joanino ocurre la misma tarde del domingo de Resurrección. También en esto se cumple la promesa de Jesús durante la Pascua (14:16-17, 26; 16:13-15). El poder del Espíritu, el mismo que ha guiado a Jesús (1:32-34) y que le acompañara hasta su muerte en la cruz (19:30) pasa a los discípulos para fortalecerlos y guiarlos en la misión. Así como Dios en la creación sopló su aliento para que el ser humano tuviera vida (Gen 2:7), Jesús sopla sobre sus discípulos el Espíritu de esta nueva creación para darle vida a esta comunidad.

El Espíritu les permitirá realizar la tarea del perdón que Jesús mismo encarnó (Jn 1:29). El llamado a la fe que la comunidad creyente debe realizar no puede ser eficaz si no está acompañado por la capacidad de liberar del dolor cotidiano y de las estructuras internalizadas del poder opresor. El dejar atrás el mundo de pecado, o decidir permanecer aferrado a la cautividad de su poder, es una decisión donde se juega la vida del ser humano (9:40-41). Hay quienes deciden permanecer en el pecado ya que no están dispuestos a reconocer su esclavitud de los mecanismos perversos de la anti-vida. Tales no pueden encontrar lugar en la comunidad creyente. Hay quienes buscan liberarse y liberar a otros de esta carga, y deben ser recibidos en la comunidad que hoy hace presente a Cristo. Ello solo es posible en el poder del Espíritu. si no, se transforma en poder arbitrario, y por lo tanto en el mismo pecado que dice combatir.

Comentario

Las otras lecturas de la fecha muestran distintas facetas de la obra del Espíritu. El Salmo destaca su labor en la creación y su subsistencia. Pablo, en Romanos, nos recuerda el lugar del Espíritu en nuestra condición de hijos e hijas de Dios. El relato de Hechos señala la manifestación del Espíritu sobre la comunidad de Jerusalén y su fuerza comunicativa que rompe las barreras de las lenguas. En Juan la presencia de Jesús resucitado rompe las barreras del miedo. Pentecostés no es *una* fecha y *una* experiencia: son muchas experiencias, son el envío cotidiano. Otros textos nos mostrarán otras manifestaciones del múltiple Espíritu Santo. Más que recordar un “hecho”, en Pentecostés reconocemos una actitud de Dios hacia nosotros, que nos regala con su presencia en nuestras vidas, nos da una misión, y nos renueva mediante el perdón.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 15 – ISEDET

10.06.2001 – Santísima Trinidad – Néstor Míguez

Proverbios 8:14, 22-31; Salmo 8; **Romanos 5:1-5**; Juan 16:12-15

Introducción

Tratándose de la fecha dedicada a la Trinidad, y en la tradición de la Reforma, optamos por el texto de Romanos. Uno de los problemas del uso del Leccionario es que, centrándose en las lecturas en el Evangelio, solemos dejar de lado los textos de las epístolas. Esta es una buena oportunidad de volver a predicar sobre un texto de Pablo, además uno central en la teología evangélica. Por otro lado, la mención a las “tres personas” en el texto nos permite destacar el sentido de este domingo desde una predicación bíblica, sin necesidad de hacer una elaborada exposición doctrinal.

Sería demasiado extenso entrar aquí en el debate en torno a la naturaleza, ocasión, significado y proyección de la carta de Pablo a los creyentes de Roma. Probablemente se trate del último de los escritos incuestionables de Pablo, y sin duda en el que más profundiza ciertos aspectos de su pensamiento. Pero no debe pensarse en Romanos como un “tratado” de teología. Es, como todas las cartas de Pablo, un escrito pastoral, a propósito para la comunidad a la cual se dirige. Sabe de las tensiones entre judeocristianos y los conversos de origen gentil, de las discusiones entre los “fuertes y los débiles”, a las que se referirá en el cap. 14. Muchos interpretan que la larga exposición doctrinal de los primeros 8 capítulos, así como su discusión del lugar de Israel en la historia de salvación (9-11), apuntan a crear la base para los temas concretos a los que se dirigirá a partir del 12. Al ver este texto del “Pablo teólogo” no olvidemos que es parte de su estrategia como “PABLO PASTOR”.

Análisis

El Capítulo 5 de Romanos comienza una nueva sección de la carta. En los primeros 3 capítulos Pablo ha mostrado que ni en el mundo gentil ni en la Ley israelita encuentra el ser humano camino cierto de justicia. A partir de 3:21 y en el cap. 4 nos señala que es en la fe, en el modelo de Abrahán, donde se podrá encontrar la salud de la relación entre Dios y los seres humanos, y de estos entre sí. Entonces, según el esquema propuesto por A. Nygren,¹ comienza en el cap. 5 a mostrarnos qué entiende el Apóstol por “la vida en la fe”. Parte del hecho, para él ya cierto y comprobado, que nos es contada por justicia esa fe por la que “creemos en aquel que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justicia” (Rom 4:24-25).

Lo primero que señala es que esa justicia nos pone en Paz para con Dios. El tema de la paz de Dios en Cristo es también decisivo en otros escritos paulinos (Ef 2:14-18). Esta paz permite al ser humano reencontrarse con su creador, y reconciliarse también con sus hermanos y hermanas. En

¹ A. Nygren, *La epístola a los Romanos*, La Aurora, Buenos Aires, 1969, p. 150.

otro lenguaje, es también un motivo destacado del Evangelio de Juan (ver análisis del domingo pasado). Esta paz es “por la fe, por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Lutero pone énfasis en el valor de la doble “mediación”. Es por la fe, pero es por medio de Cristo. La fe puede hacerse en sí misma una obra, señala el Reformador, si no es fe “en Cristo”. La fe sola no salva: es la acción redentora de Jesús la que salva, a la cual nosotros/as accedemos por la fe. Hay quienes terminan centrándose en su propia fe: se vuelve una fe vacía, una pura emocionalidad humana. La fe que nos hace justos es la que se centra en el hecho de Cristo, que le da sentido y contenido, que es donde puede verse qué es la justicia de Dios.

Esa fe nos anticipa la gloria de Dios. Eso hace que justicia y esperanza se encuentren, o mejor aún, y tan actual, en la propia expresión de Pablo en Gal 5:5, “por la fe recobramos la esperanza de la justicia”. La justicia no debe entenderse exclusivamente en el sentido subjetivo de la “justificación” como salvación individual, sino en su proyección como participación en el mundo en tanto instrumentos de la voluntad de Dios (Rom 6:13). Sin embargo, justamente por estar guiada por el Espíritu de Dios, y no por la ambición de la carne, no puede sino contrastarse con la vida según las expectativa del poder mundano, y por lo tanto, tener que soportar cierta tribulación (v. 3). Esto, y no un sentido masoquista, es lo que nos permite gloriarnos en las tribulaciones. Lutero lo señala explícitamente: “El justo tiene paz en su relación con Dios, pero aflicción en su relación con el mundo, porque vive en el Espíritu”². Esta aflicción es la que nos obliga a perseverar en la fe (perseverancia traduce mejor que paciencia la expresión griega que usa Pablo aquí). El sentido antiguo de esta expresión es “seguir siendo uno mismo” en cambiantes circunstancias.

Pero Barth destaca bien que la fe nos permite ser lo que realmente somos en Cristo, y a la vez “ser lo que no somos”³, es decir, ser justos cuando en realidad nuestra condición humana es injusta. De alguna manera se pone a prueba cual y quien somos realmente. Ser en Cristo por la fe es ser el hombre justo que Dios nos hace ser por su gracia. Si dejamos de ser en Cristo, ni aún nuestra fe nos justifica. Esta tensión no debe perderse de vista, porque la fe no nos hace ser Dios, sino que sigue dependiendo “del amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (v. 5).

Comentario homilético

Ciertamente apenas hemos esbozado la riqueza de este texto. El énfasis homilético, podría estar orientado a descubrir, a través de este pasaje, la obra trinitaria en nosotros. La Trinidad no es una doctrina abstracta que propone una extraña matemática, sino la experiencia del creyente a la luz de la Palabra de Dios. Es la experiencia de la paz que tenemos en Dios y con Dios, por medio de Jesucristo. Es el don del amor de Dios en nuestros corazones por la obra del Espíritu Santo. La unidad de este Dios trino no pasa por las definiciones del dogma, sino por la obra de Dios en nosotros para hacernos instrumentos de su justicia en el mundo.

² M. Lutero, *Comentario de la Carta a los Romanos. Obras de Martín Lutero*, Vol 10, La Aurora, Buenos Aires, 1985, p. 196.

³ K. Barth, *The Epistle to the Romans*, Oxford University Press, Nueva York, 1966 (Primera edición en inglés 1933), p. 149.

Es la experiencia de un Dios que actúa “comunitariamente” para darnos un sentido completo de su justicia, nuestra justificación. Es la obra objetiva de Jesús que padece en la cruz arrastrado allí por el mundo injusto, es la fuerza del Dios que lo levanta de los muertos y nos permite a nosotros vivir por esa Resurrección, y es la obra del Espíritu Santo en nosotros que nos da testimonio de ese amor.

El texto del Antiguo Testamento, en Proverbios, señala la presencia de la “Sabiduría” como expresión de dios. Muchos han visto en Cristo la encarnación de esa sabiduría divina, manifiesta en las obras. Estas obras de la sabiduría son el motivo de alabanza del Salmo 8. La caracterización del Padre como creador es parte de este reconocimiento a la experiencia de Dios trinidad. El texto del Evangelio expresa ciertas cosas similares a Romanos: Si bien el énfasis primero cae sobre la obra del Espíritu, destaca la relación del Espíritu con el ministerio de Jesús y la gloria divina. Tal sabiduría que trae el Espíritu en la vida del creyente es la que ha de guiarlo. Esa es la “condición trinitaria” de nuestra fe. Esa trinidad es también una forma de vida. Una comprensión de la obra de Dios en la cual somos llamados a participar desde la nueva criatura que somos en Cristo. Es la participación en la “justicia de la comunidad divina”, que nos vuelve sensibles a la justicia en la comunidad humana. Es la forma en que esa paz que recibimos de Dios se muestra fe compartida.

Puede acompañarse la predicación con el canto (o recitación, si no se sabe la música) de la canción de Julián Zini, “Dios Familia”:

1. Cada vez que nos juntamos,
siempre vuelve a suceder,
Lo que le pasó a María
y a su prima la Isabel:
ni bien se reconocieron
se abrazaron y su fe
se hizo canto y profecía,
casi, casi un chamamé.

Estrillo:

Y es que Dios es Dios Familia
Dios amor, Dios Trinidad
De tal palo tal astilla
Somos su comunidad,
Nuestro Dios es Padre y Madre,
Causa de nuestra hermandad.
Por eso es lindo encontrarse
compartir y festejar.

2. Cada vez que nos juntamos
siempre vuelve a suceder
Lo que dice la promesa

de Jesús de Nazaret:
Donde dos o más se junten,
En mi nombre y para bien,
Yo estaré personalmente,
Con ustedes yo estaré.

3. Cada vez que nos juntamos,
Siempre vuelve a suceder,
Lo que le pasó a la gente,
Reunida en Pentecostés:
Con el Espíritu Santo,
Viviendo la misma fe,
Se alegraban compartiendo,
Lo que Dios les hizo ver.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 15 – ISEDET

17.06.2001 – 2º domingo después de Pentecostés – Néstor Míguez

1 Reyes 8:22-23, 41-43; Salmo 96:-9; Gálatas 1:1-12; **Lucas 7:1-10**

Introducción

A partir de este domingo, en lo que resta del año litúrgico hasta el próximo adviento, la lectura del Evangelio sigue progresivamente el Evangelio de Lucas. Si bien saltea algunos relatos de ese evangelio, lo sigue en la mayor parte, y los textos del Antiguo Testamento están destinados a reforzar la lectura del Evangelio y a orientar su interpretación (la lección de hoy es un claro ejemplo, como veremos). Por su parte, la lectura de la epístola constituirá una segunda serie, que sigue su propia secuencia, con un vínculo ocasional con el resto de las lecturas.

El evangelio de Lucas es una composición de “segunda mano”. El propio autor lo reconoce al señalar que recoge las cosas de “los que la vieron con sus ojos” (Lc 1:2), y no de propia experiencia. La atribución a Lucas, que no es propia del texto sino de un agregado editorial posterior, en todo caso coincide con esto. Es un gentil, que probablemente tenga al griego como lengua nativa. Pero llega a la fe una vez concluido el ministerio histórico de Jesús. Entre sus fuentes probablemente deban reconocerse el Evangelio de Marcos y una colección de dichos de Jesús que también usó Mateo. Lucas adapta para un público menos versado en la cultura judía, y con algunos toques de estilo que apuntan un buen manejo del idioma griego. Sus textos muestran un buen conocimiento de las cuestiones legales y costumbres grecorromanas que servirán de trasfondo a su relato de la vida de Jesús tanto como al tratado posterior que conocemos como “Hechos”.

Análisis

El texto que nos propone el Leccionario es un buen ejemplo de lo que acabamos de señalar. Por lo tanto conviene detenerse en algunos detalles:

Capernaún era el centro poblado más importante de Galilea, fuera de las ciudades romanizadas de Séforis, Cesarea y Tiberías (construidas estas últimas en honor de los emperadores César y Tiberio). Su población alcanzaba probablemente a unos 12.000 habitantes, y vivía de la pesca en el lago y de la explotación de los campos circundantes.

Había una guarnición romana para ejercer tareas de policía y control político en la zona. Excavaciones recientes parecen indicar que habría apenas en las afueras, al norte de la aldea, un “castrum” (fuerte de avanzada romana) con cerca de 500 soldados (aunque hay dudas para fechar el hallazgo). La presencia de un centurión allí no es casual.

Cada región debía sostener a las tropas allí estacionadas. De manera que el motivo de descontento con la presencia de los soldados era doble. Ya que a la vergüenza de la ocupación se agregaba para la gente humilde el aumento de la ya pesada carga impositiva que debían soportar. En última

instancia, el “regalo” del centurión lo habían pagado los campesinos de la región con sus impuestos.

Era práctica de los personajes con poder del Imperio tratar de conquistar el favor de las elites de las zonas ocupadas mediante ciertas dádivas. Estos “benefactores” esperaban a cambio que estos dirigentes se encargaran de apaciguar a su propia gente, de actuar como “colchón” frente a eventuales descontentos. Los “ancianos” locales quedaban entonces como una clientela fija de los funcionarios romanos.

La sinagoga era la reunión pública comunitaria. No se han encontrado edificios de sinagoga en Galilea que daten de antes del S. III después de Cristo. Los restos arqueológicos de la sinagoga de Capernaún que hoy se pueden visitar son del S. V. Si bien parece ser que se ha construido sobre restos de un edificio anterior derruido, nada se puede saber de este, ni siquiera si era un lugar público.

Con este panorama el relato adquiere otras perspectivas. Los “ancianos judíos” que van a pedir a Jesús son prácticamente mandados por el centurión. Ellos también, y no solo los soldados, tienen que ir y venir al ritmo que les impone su “benefactor”. Estos ancianos, que en otras ocasiones critican a Jesús y lo acusan de romper las leyes rituales (Lc 6:1-5), hoy le piden a Jesús que las quiebre: ir a casa de un gentil, acercarse a un enfermo. Ellos que no quieren que Jesús haga milagros (6:6-11) y lo odian por ello, ahora le piden un milagro. Así reflejan su propia condición: no sienten compasión por este hombre enfermo, ni piden que Jesús muestre como actúa en él su particular relación con Dios, sino que quieren quedar bien con un poderoso. Ahora bien, si se trata de que sacien su hambre los discípulos de Jesús o sea curado un tullido del pueblo, entonces se enojan si se rompe la ley. Pero si hay que pagar la deuda al invasor, todo puede relativizarse... suena muy actual...

El centurión no es necesariamente un “prosélito”, un temeroso de Dios como lo es Cornelio (Hch 10:1). Es descrito por los ancianos de Capernaún (ancianos aquí es un título político: indica a los miembros del Consejo local) como alguien que “ama nuestra nación”. Este es lenguaje usual para un patrón-benefactor, y no necesariamente indica una actitud piadosa. Este centurión se ve movido por el afecto a su siervo. La historia nos cuenta de ciertos casos en que algunos patrones se encariñaban con algún sirviente, y se volvían totalmente dependientes de ellos en su vida cotidiana. Y si bien busca la salud de su esclavo, también él obtendrá un beneficio de su recuperación.

Jesús y el centurión nunca llegan a encontrarse (a diferencia del paralelo de Mt 8:5-13, donde tampoco aparece la relación clientelar de los ancianos de Capernaún). Toda la relación es mediada por emisarios. Jesús está dispuesto a ir a la casa gentil (como más adelante irá a casa del prejuicioso fariseo Simón, o la del renegado Zaqueo), pero en este caso el propio centurión envía una segunda delegación, ahora de sus propios amigos. Se maneja con las estrictas reglas de reciprocidad de la época: si él no fue personalmente a buscar a Jesús, Jesús no tiene por qué ir personalmente a buscarlo a él. Ha decidido tratar a Jesús como a un hombre libre y no como a un súbdito.

Aceptemos la sinceridad de este hombre conturbado por una inminente pérdida. El paralelo de su argumentación deja a salvo su lugar e identidad. Él es un hombre con poder en cuestiones

militares, aunque también es subalterno de otros con más poder. Jesús es un hombre con poder en lo que hace a la salud. En su lógica castrense, como él mandó emisarios, si Jesús tiene el poder que él necesita que Jesús tenga, podrá obrar de igual manera. La existencia de “hombres divinos” con capacidad de realizar curaciones inesperadas era común a muchas religiones de la época (como lo es hoy) y no necesita pensarse que este centurión diferenciara a Jesús de otros. Lo que sí demuestra es una total confianza en que hay en Jesús un poder sanador.

Es esta confianza lo que asombra a Jesús. Es la respuesta inesperada. Aquí “tener fe” no debe interpretarse en el sentido de creencia, de que este hombre afirmaba que Jesús era hijo de Dios, o cosa alguna que luego elaborará el dogma. Él tiene confianza en que las cosas han de funcionar como corresponde si Jesús es quien él supone que es: un ser con poder espiritual. Los ancianos de Israel que le han servido de mediadores no tienen la misma convicción (no he hallado tal confianza en Israel, v. 9b). Ellos buscan desconocer la realidad de Jesús como elegido de Dios, porque si así fuera su propio poder religioso quedaría cuestionado. Pero frente a su “benefactor” militar deben ceder, porque si no también pueden perder su posición. El centurión, en cambio, nada arriesga y “se juega” en su esperanza de que sane a su siervo, porque Jesús tiene una fuerza que aleja a la muerte. Y Jesús le confirma que es así. El siervo sana. Nada más sabremos de esta historia.

Comentario

La lectura del Antiguo Testamento seleccionada por el Leccionario quiere orientar la interpretación en torno de la condición de “gentil” del centurión. Es una lectura posible, aunque más apropiada al paralelo de Mateo, que agrega dichos de Jesús en este sentido. Puede ser una buena pista homilética destacar cómo Jesús sale del círculo seguro de sus propios seguidores y de su propia nación para alcanzar a alguien que supuestamente es su enemigo y hallar allí también la posibilidad de la fe.

Pero otros caminos interpretativos también pueden ser interesantes a partir de estos detalles que nos da Lucas. Por ejemplo, cómo Jesús aprovecha esta situación cargada de ambigüedades para, en un mismo golpe, poner en evidencia varias cosas:

La inconsistencia de los que lo atacan en otras ocasiones, cuando se trata de proteger su propio poder frente a alguien más poderoso. Se envalentonan frente al pueblo humilde, se escandalizan cuando Jesús provee alimento o salud, pero están dispuestos a servir de mandaderos de los poderosos de turno, y quebrar sus propias tradiciones para ello. La expresión de Jesús: “no encontré la misma confianza en Israel” no es casual y tiene destinatarios allí presentes.

Mostrar que “tener fe” no es la afirmación de ciertas pautas dogmáticas, de purezas doctrinales, de una “religión correcta” o de pertenencia institucional, sino de confianza en el poder sanador de Jesús. Es establecer una relación donde se reconoce la presencia de Jesús como un hombre pleno, un hombre libre, y a la vez el mediador de la presencia divina.

Jesús tiene compasión de un esclavo. A veces se pierde de vista que el sujeto último de la curación no es el centurión sino su siervo. El inicio del relato (v. 2) y las palabras finales se refieren al esclavo del centurión y su salud. El que había perdido la salud y la recupera es el

esclavo: el verdadero “beneficiario” es este hombre anónimo, si bien el centurión también obtiene lo que había deseado. La acción soberana del hombre libre Jesús alcanza a dar salud al esclavo.

La vida de Jesús se desarrolló en un escenario donde constantemente aparecen estas situaciones ambiguas, estas mezclas grises de “malos buenos” y “buenos malos”. Porque es una vida real, concreta, con sus tensiones e indefiniciones. En estas situaciones Jesús muestra su bondad y amor más allá de los méritos de quienes lo solicitan. No ignora estas contradicciones, y las señala, pero no deja que ellas se interpongan en su misión: mostrar el amor universal de Dios, mostrar la dignidad de todas las criaturas, ser sensible al sufrimiento de cualquiera y mostrar el camino de redención.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 15 – ISEDET

24.06.2001 – 3º domingo después de Pentecostés – Néstor Míguez

Isaías 65:1-9; Salmo 22:18-27; Gálatas 3:23-29; **Lucas 8:26-39**

Introducción

Este relato se encuentra dentro de una modalidad narrativa que podemos llamar de “expulsión de demonios”. Tienen por objeto mostrar la fuerza de Jesús sobre poderes invisibles, pero que operan afectando la realidad humana, los que son llamados “espíritus” o “demonios”. No podemos extendernos ahora en una consideración detallada de este tema, que ha tomado gran auge en ciertos círculos y denominaciones cristianas. Hoy en día, la visión moderna positivista del mundo descrea de la existencia de tales fuerzas, y menos aún que puedan ser entes con propia voluntad. Sin embargo, otras concepciones también vigentes, postulan, de distintas maneras, la presencia de fuerzas, energías, poderes, etc. que se corresponden con lo que se llamaban demonios (*daimones*) en los tiempos bíblicos. No todos lo asocian con fuerzas malignas, aunque entre los cristianos que se guían por tal concepción siempre se ven estas fuerzas como opuestas al señorío de Cristo.

No entraremos aquí en esta discusión, aunque la interpretación de este pasaje dependerá, en gran medida, de la respuesta que se dé a la cuestión de la existencia de los demonios y su naturaleza. Convengamos, por lo menos, que existen fuerzas, más allá de las realidades materiales accesibles al ser humano por sus medios normales de conocimiento, que influyen en nuestra vida. El ser humano también es movido por ideologías, pulsiones, estructuras simbólicas, organizaciones de poder, fuerzas interiores que modelan su conducta, cuya naturaleza no nos es posible discernir aún. Y que, por cierto, en determinados momentos y condiciones estos “rebeldes poderes” conducen nuestra vida incluso en contra de nuestra voluntad, amenazando el sentido de nuestra vida y la vida misma. Dependerá de la cosmovisión de cada uno qué nombre le da y cómo se maneja con ello.

En cuanto al mundo de la Galilea del siglo I, ciertamente la existencia de tales entes era un dato de la realidad para la gran mayoría. La palabra *daimones*, de origen griego, designaba a deidades menores (así lo usan los estoicos y epicúreos en Hch 17:18, que nuestras Biblias traducen por “dioses”), pequeños diosesitos y diosesitas traviosos/as que embarullan la vida de los seres humanos, enamorándolos, inspirándoles poemas, o produciéndoles enfermedades o manías. Estas fuerzas se “metían” en los seres humanos y los dominaban. En el judaísmo popular y luego en el cristianismo se usó esta palabra para designar a los “ayudantes de Satán”, las huestes del mal. En el Nuevo Testamento la palabra aparece 94 veces, de las cuales 79 ocurren en los Evangelios sinópticos. En las 6 veces que ocurre en Juan, siempre el acusado de tener demonio ¡es Jesús! Es de notar, sin embargo, que estar endemoniado se usa exclusivamente para indicar la presencia de este síntoma destructivo en los seres humanos, y nunca de lugares o cosas. Los demonios se manifiestan a través de personas, que “tienen demonio” y de las cuáles Jesús los expulsa. Jesús se enfrenta con los demonios en las personas, y al ser expulsados estos buscan donde instalarse. Las

referencias generales a demonios, que encontramos en muy poca cantidad en las epístolas, se refieren a la idolatría (Pablo, Apocalipsis) o a doctrinas de demonios.

Análisis

El relato comienza indicando que Jesús entra en territorio gentil (los textos varían entre llamar al lugar Gadara, Gerasa o Gergesena). En todo caso se aclara que es la ribera opuesta a Galilea (parte de la región conocida como la Decápolis). Estas tierras eran originalmente el legado de las tribus de Manasés y Gad, y la patria del profeta Elías. Pero ahora son lugar de asentamiento de ciudades helenistas y colonias romanas. Aquí ya hay toda una cuestión de tradiciones involucrada.

Luego se detiene en la descripción del endemoniado: desnudo, asentado en el lugar de la muerte, incapaz de vida social, irreductible por medios físicos (cadenas y grillos). En medio de la descripción, y como parte de la misma, comienza el diálogo entre Jesús y el espíritu “colectivo”. Allí notamos como estos demonios reconocen la filiación divina de Jesús, y procuran evitar ser destruidos por él (ser devueltos al abismo, que es su lugar “natural”). Es de notar que, en tanto el hombre está endemoniado el diálogo de Jesús es con los demonios, pero que una vez que el hombre es liberado, el diálogo será con él.

Las primeras expresiones son ambiguas. Cuando habla el hombre, hablan los demonios. Tanto que le pide a Jesús que no lo atormente, cuando en realidad el hombre vive totalmente atormentado por ellos, según la descripción que tenemos. Al preguntar el nombre, responde el demonio. En tanto el hombre está poseído, queda anulado como persona, su nombre le es dado por su condición de “ocupado”. El nombre del demonio (es la única vez que ocurre en los relatos de expulsión de demonios) es un recurso para destacar su multiplicidad. Pero el nombre en sí mismo es todo un símbolo: se llama “Legión”. Es la única vez que se usa una palabra latina en el Evangelio. Pero no solo marca el elemento de pluralidad, había otras palabras para ello, pero destaca el carácter militar y extranjero (una legión era un cuerpo militar romano de 5.000 a 6.000 soldados; la palabra no conocía otro uso por entonces). Este hombre está ocupado por un demonio que es, en realidad, una potencia militar romana. El hombre es un símbolo de su territorio.

El hecho de que los demonios procuraran entrar en los cerdos también tiene una fuerte carga simbólica. Son animales impuros para el judaísmo, y su cría ya indica la contaminación del lugar. Que “Legión” indicara que quiere entrar en ellos no hace sino reforzar este sentido. Expulsados por Jesús del hombre sometido, se ubican en el animal impuro por antonomasia, muestran su identidad como “extranjeros”. Finalmente, ya en los cerdos, van a parar al mar y ahogarse. Es decir, según la idea hebrea del mar como morada de los muertos y lugar de los males, finalmente vuelven al abismo, a pesar de todo, pero ahora arrastrados por su propia irracionalidad.

Curiosamente los primeros mensajeros son los cuidadores de cerdos, que desparraman la voz tanto por la ciudad como por el campo. La visión del hombre ahora restituido a su condición humana, a los pies de Jesús, los llena de miedo. No le tenían miedo al hombre en tanto endemoniado, le tienen miedo en tanto hombre libre. Y tienen miedo que esa libertad sea “contagiosa” y les traiga consecuencias impensadas, y ellos ahora “expulsan” a Jesús. Jesús había

expulsado a la multitud de demonios, pero ahora la multitud sometida por el miedo expulsa a Jesús. Un curioso juego de inversiones. Jesús sabe que no es ese el lugar, ni el tiempo, ni las personas con quienes debe confrontar. El acto testimonial de expulsar a Legión, y ahogar conjuntamente a los demonios romanos y a los cerdos impuros ya había ocurrido. Ahora se retira del escenario para volver a Galilea. Se volverá a encontrar con los legionarios de carne y hueso en el palacio de Pilato...

Ahora sí Jesús puede dialogar con el hombre, sin que le contesten los demonios. Ahora se encuentra con ese hombre libre que quiere seguirle. Pero Jesús le da otra tarea: será testigo, será apóstol, deberá contar las cosas grandes que Dios ha hecho con él. Un contraste llamativo con la siguiente curación donde Jesús pide que lo ocurrido se mantenga en secreto (8:56). Pero el texto termina con un curioso guiño: el mandato de Jesús fue que contara “que grandes cosas te hizo *Dios*”. Él proclama, en cambio, (la palabra griega usada, *kerysson*, es más que contar, implica anuncio, proclama, mensaje) las “grandes cosas que hizo con él *Jesús*”. La filiación divina que había reconocido “Legión” es lo único que queda en él de aquella experiencia demoníaca.

Comentario

Las relatos de milagros, y más precisamente los de expulsión de demonios (no conviene usar la palabra “exorcismo”, que señala rituales, fórmulas, etc.) en los Evangelios tienen varias connotaciones. Por un lado, muestran hechos de la vida de Jesús y señalan su particular señorío sobre todo lo creado. Pero a la vez son como especie de “parábolas vivientes”, como han sido llamados: son formas de proclamar el Evangelio cuyo mensaje se encuentra encerrado en el modo de ser anunciado. También se pueden interpretar con un contenido fuertemente simbólico como expresiones de la misión de Jesús, el diálogo liberador de Dios con los seres humanos. No hay por qué oponer una interpretación a las otras: pueden entenderse como distintos niveles de lectura de una misma proclamación.

En este caso, los tres niveles son riquísimos en mensaje. En el primer nivel, el del relato histórico, se muestra la fuerza de Jesús frente a un mal que estaba destruyendo la vida de aquel hombre. La naturaleza múltiple de aquel demonio no impide la obra de Jesús, no puede resistir su poder. El señorío de Jesús vence, y termina destruyendo el mal. Pero mientras “Legión” conocía quien era Jesús, los habitantes de aquel paraje lo desconocieron. Amaban más a sus chanchos que al hombre endemoniado. La presencia de este nuevo Señor ponía en peligro sus hábitos y esquemas, y les dio miedo. Le pidieron que se fuera. En cambio, el hombre transformado por la presencia sanadora de Jesús le reconoce y se transforma en su apóstol: anuncia el mensaje de la liberación que Cristo ha producido en él.

Pero este relato es también una parábola viviente. Como tantas parábolas nos presenta la realidad del Reino de Dios. El Reino de Dios no tiene territorio propio: se extiende como fuerza liberadora allí donde llega Jesús. Y establece nuevas relaciones, una nueva forma de ser humano. Allí la fuerza de la violencia destructiva, el individualismo que nos arroja al desierto, que nos hace habitar los campos de la muerte, que consume los años de nuestra vida y nos enemista con quienes nos rodean, cederá a la fuerza del amor divino. Las relaciones que nos someten a fuerzas

opresivas, se irán “al abismo”. En cambio, descubriremos al Señor que nos cubre y nos pone “en nuestro sano juicio” y aprenderemos a sus pies, podremos ser anunciadores de una nueva vida.

A nivel simbólico este relato es un relato acerca de la misión liberadora de Jesús en todos los planos. El poder de ocupación ha sido derrotado por la fuerza de la presencia del liberador. El que nos impedía ser nosotros mismos, el que nos había impuesto un nombre que no era el nuestro, el que nos impide hablar con nuestra propia voz, será expulsado por la fuerza del Señor de la vida. Ciertamente, quienes viven del miedo no lo pueden entender. Se dejan dominar por lo seguro y las costumbres arraigadas, aunque ello impliquen encadenar y condenar a los sepulcros al que es diferente. Pero quien experimenta la posibilidad de la liberación es mandado a ser anuncio de la misma a otros, a usar su voz para proclamar “las grandes cosas que Dios (Jesús) hace”.